



THE
MENTORING
PROJECT

EVITAR LA VENGANZA: DEJA QUE DIOS SE HAGA CARGO DE LA JUSTICIA



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

**EVITAR LA
VENGANZA: DEJA
QUE DIOS SE HAGA
CARGO DE LA
JUSTICIA**



**AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
PART I: EL MITO DE LA JUSTICIA POR MANO PROPIA	6
PART II: EL ÍDOLO DEL AJUSTE DE CUENTAS	11
PART III: LA VENGANZA	14
PART IV: LA LOGÍSTICA DE DEJARLO EN MANOS DE DIOS	17
PART V: EL TRIBUNAL DEFINITIVO	21
CONCLUSIÓN	24



INTRODUCCIÓN

Las manos de Jim temblaban. Es un tipo grande, la clase de hombre que se pasó cuarenta años construyendo casas. Sus nudillos son como un mapa de cicatrices y trabajo duro. No suele hablar mucho; deja que su trabajo hable por él. Estábamos sentados en mi porche trasero mientras el sol se ponía, y él estaba intentando contarme sobre su socio comercial, quien había huido con el diseño final de un trabajo importante. Se había llevado todo. Las facturas de los materiales todavía estaban sobre el escritorio de Jim, sin pagar y burlándose de él.

«Quiero destruirlo», dijo Jim. No me miró a los ojos. Tenía la vista fija en la tierra de sus botas. «Quiero ver cómo su vida queda reducida a cenizas, y quiero ser yo quien encienda el fósforo».

Lo entiendo. Es decir, realmente entiendo esa sensación. Es el hambre de cierta clase de justicia que crees que, por fin, cerrará el agujero en tu pecho. Crees que si devuelves el golpe, que si ajustas cuentas, ese peso desaparecerá, pero no es así. Terminas atado a la persona que odias. Te despiertas pensando en ella. Te vas a dormir repasando la pelea. Esa persona ya se llevó tu dinero, y ahora también tu alma. Es una podredumbre que comienza en lo más profundo de tu corazón y va subiendo poco a poco.

Dios es el Juez. Lo decimos en la iglesia, lo incluimos en nuestros credos, pero no lo creemos de verdad cuando las facturas no pueden pagarse. Pensamos que tenemos que hacer su trabajo porque Él es demasiado lento o, tal vez, demasiado piadoso para el desastre del mundo real. Sin embargo, nuestra balanza está rota. Queremos que se aplique la justicia absoluta al hombre que nos hizo daño y queremos mucha misericordia para nosotros mismos. Eso no es justicia; es solo más pecado.

GUÍA DE CAMPO

Desde la Caída en el Edén, este mundo ha sido un desastre. Las personas roban, las parejas mienten, los padres fallan y muchas cosas más. Es la fricción de vivir en un lugar caído lo que te hunde en el abismo. Le dije a Jim que tenía que parar. «Estás intentando hacer un trabajo para el que no fuiste contratado — le dije — . Dios dice que la venganza es suya. Deja que Él se haga cargo».

Confiar en Dios es un alivio. Significa que no tienes que permanecer despierto tratando de saldar las deudas de todo mal que te hayan hecho. Nadie se sale con la suya. Todo pecado se paga: o bien Cristo lo pagó en la Cruz, o esa persona tendrá que afrontarlo por sí misma. La balanza de Dios es perfecta; la nuestra es un desastre.

Jim me preguntó cómo podía dejarlo ir. Se sentía débil, como si se estuviera derrumbando. Escucha esto: se necesita más valor para permanecer callado que para gritar. El perdón no es un sentimiento; es una decisión. Es la mayordomía de tu propio corazón. Si le abres la puerta al resentimiento, te pudrirás. Te convertirás en un hombre duro y malvado. Tus hijos no querrán estar cerca de ti. Serás el esclavo de un ladrón que ni siquiera piensa en ti.

Mira la Cruz. Dios no solo «lo dejó ir». Dejó que el fuego consumiera a su propio Hijo. Si no estás dispuesto a perdonar o a honrar los senderos que Dios dispuso para ti, estás diciendo que Jesús no fue suficiente. Estás diciendo que tu justicia es mejor. Ese es un pensamiento peligroso.

A Jim le llevó mucho tiempo. Nos reuníamos todas las semanas a tomar café. Algunos días, él se sentía bien. Otros, veía una foto de ese hombre y volvía a sentir ese fuego interior. Poco a poco, comenzó a confiar en el Juez. Se concentró en el trabajo que aún tenía que hacer. Se dio cuenta de que su vida seguía siendo un regalo. No era una víctima; simplemente era un hombre que seguía al Pastor. Olvida el rencor. Es demasiado pesado para tus hombros. Deja que el Juez haga su trabajo.

1

EL MITO DE LA JUSTICIA POR MANO PROPIA

Todos tenemos ese fuego interior. Es esa hambre primitiva e intensa de ajustar cuentas. Cuando alguien te traiciona o cuando un socio huye con la vida que construiste durante décadas, tu primer instinto no es orar. No es reflexionar sobre la soberanía de Dios. Es contraatacar. Quieres que esa persona sienta el mismo peso frío en el pecho que tú estás cargando. Quieres ser tú quien ajuste cuentas. Lo llamamos «justicia» porque suena noble. Sin embargo, siendo honestos, la mayoría de las veces no es más que pura y simple sed de sangre. Creemos que, si podemos dañarlos tanto como ellos a nosotros, el mundo volverá a estar en equilibrio. Esto nunca sucede. Es un mito. La idea de que tú, con las manos temblorosas y la mente nublada, podrías ser quien ejecute el golpe perfecto de justicia es una fantasía que terminará por comerte vivo.

Ese impulso por hacer justicia no comenzó con tu mal negocio o tu matrimonio fallido. Comenzó en el Edén. Cuando observamos la Caída en Génesis 3, por lo general nos concentramos en el fruto o en la serpiente, pero la verdadera podredumbre era el deseo de autonomía. La mentira era: «Llegarán a ser como Dios». Y se la creyeron. Ser como Dios es ser el Juez. En el momento en el que Adán y Eva dieron esa mordida, no solo perdimos nuestra inocencia: perdimos nuestro lugar. Nos desviamos del sendero de las criaturas e intentamos trepar al trono. Decidimos que deberíamos determinar el bien y el mal y, en consecuencia, decidir la sentencia. Desde ese entonces, todo corazón humano ha sido un pequeño tribunal autoproclamado. Nos pasamos la vida juzgando a los demás en nuestra cabeza. Actuamos como fiscal, jurado y verdugo, y luego nos preguntamos por qué estamos tan cansados. Es porque nunca fuimos

GUÍA DE CAMPO

contratados para ese trabajo. No fuiste creado para cargar con el peso de la moral del universo.

Sin embargo, lo intentamos. Cuidamos de estos rencores como si fuesen reliquias preciosas. Pensamos que, si mantenemos viva esa ira, de alguna manera nos protegemos a nosotros mismos o responsabilizamos a la otra persona. Pero ¿alguna vez notaste lo que le hace el rencor a tu alma? Te endurece. Te vuelve frágil. Te convierte en una persona que solo puede ver el mundo desde la perspectiva de lo que te quitaron. Habitualmente, hablamos mucho de la depravación total, y por lo general aplicamos ese concepto a las personas que nos lastimaron. Vemos su pecado con claridad. Vemos su codicia, sus mentiras y su vanidad. No obstante, la píldora más difícil de tragar es la de la depravación total de la víctima.

No me malinterpretes. Ser una víctima es algo real. Las personas hacen cosas malas, y el dolor que causan es una realidad dura y visceral. Sin embargo, ser una víctima no te otorga santidad. No hace que tu corazón se convierta en una fuente pura de justicia. Eres un ser caído, por lo que tu propia «justicia» casi siempre está sesgada por tu ego. Tu balanza está rota. Cuando alguien peca contra ti, no quieres un trato justo: quieres que sufran un poco más. Quieres inclinar la balanza. Buscas que sufran más de lo que sufriste tú. Tu «indignación justa» es, a menudo, una máscara para una crueldad que conseguiste justificar porque te lastimaron primero. Esta es la realidad de la condición humana. Estamos tan rotos que usamos nuestras propias heridas como excusa para herir a los demás. Pensamos que, solo porque fuimos tratados injustamente, tenemos el derecho a ser jueces, jurados y verdugos. Sin embargo, un pecador no puede juzgar a otro pecador con imparcialidad. Tus manos tiemblan y tu corazón es demasiado engañoso.

Luego, está el peso de la espada. Vivimos en un mundo que nos dice que tenemos que defendernos a toda costa y, que si no buscamos venganza, somos pasivos o débiles. No obstante, la Biblia dice algo diferente. Nos habla de un Dios tan soberano y santo que no necesita de tu ayuda para ajustar cuentas. Romanos 12 y 13 son un balde de agua fría en el fuego de nuestro resentimiento. «Mía es la venganza, yo pagaré», dice el Señor. Esta no es una sugerencia. Es una declaración de posesión. Dios reclama el derecho a la venganza para sí mismo, porque solo Él es justo y juzga de forma adecuada. Es el único que puede observar una vida humana —con toda su historia, sus intenciones ocultas y complejidades— y ejercer justicia perfecta sobre ella.

EVITAR LA VENGANZA

Cuando intentas tomar esa espada con tus propias manos, estás cometiendo un doble pecado. Sí, estás pecando contra la persona que intentas lastimar; pero aún más importante, estás pecando contra Dios. Le estás diciendo que su justicia es demasiado lenta o que sus sentencias no son lo suficientemente severas. Estás diciendo que tú sabes más; y esa es una postura aterradora. La Biblia es clara: Dios le da la espada de justicia a las autoridades públicas, a los sistemas que estableció para evitar que el mundo se convierta en un baño de sangre. No te la dio a ti para que la uses en tu porche o en tu oficina. Cuando intentas cobrar deudas, te estás extralimitando en tu vocación. Esa es la vocación de las autoridades de gobierno que no en vano llevan la espada. Dios dice que ellos están a su servicio para impartir justicia y castigar al malhechor. Existe un momento en el que trabajamos con estas autoridades si alguien nos hace daño. No obstante, las Escrituras nos enseñan que debemos resolver las disputas entre hermanos dentro de la iglesia. No debemos llevarlos a la corte. Hay veces en las que simplemente debemos pasar por alto las ofensas. Aun así, la sabiduría a veces exige denunciar las ofensas graves ante las autoridades públicas y dejar el asunto en sus manos. Esto es especialmente cierto cuando una persona posee un historial de agravios repetidos y podría llegar a herir a alguien más después de nosotros.

Piensa en el alivio que acompaña el creer que Dios les ha dado a otros la vocación de ser quienes imparten la justicia en este mundo. Si confías en que Dios es el Juez, no tienes que permanecer despierto por las noches pensando en cómo hacer que alguien pague por lo que te hizo. No tienes que ser quien observe cómo su vida se reduce a cenizas. Puedes salir del tribunal que hay en tu mente. Esto no quiere decir que lo que te pasó no sea importante. No quiere decir que la mentira o el robo hayan estado bien. Significa que el juicio está en mejores manos que las tuyas. Puede que esté solo en las manos de Dios o cuentas con la ayuda de los ancianos de tu iglesia o de las autoridades, según lo dicte la sabiduría. Esa sabiduría a menudo se discierne por tu motivación al elegir una de estas opciones. ¿Lo haces para lastimar o para ayudar a otras potenciales víctimas, como así también a quienes te hicieron daño?

Nadie se sale con la suya en el mundo de Dios. Ni un solo centavo, ni una palabra cruel ni una traición queda en el olvido. Tendremos que rendir cuentas por todo. O bien Cristo cargó con ese pecado en la Cruz, o la persona responsable

GUÍA DE CAMPO

enfrentará las consecuencias frente al trono blanco de un Dios santo. De cualquier manera, se hace justicia. Tu tarea es ser la criatura, no el Creador.

Las tensiones de esta vida son constantes. Te harán daño otra vez mañana. Alguien te abandonará, alguien te mentirá en la cara, alguien se llevará el mérito por tu trabajo. Sentirás ese fuego interno otra vez. Pero la «teología del empedrado» (la teología cotidiana) sabe que la única forma de caminar el sendero largo y estrecho sin perder tu alma es mantenerte alejado de la espada. Se necesita más valor para quedarse callado que para gritar. Se necesita más fortaleza para confiar en el Juez que para intentar actuar como Él. Perdonar no consiste en dejar que la otra persona se salga con la suya. Cuando perdonas, reconoces que el control está en manos de Dios, no en las tuyas. Se trata de la mayordomía de tu corazón.

Si te aferras al mito de la justicia por mano propia, terminarás convirtiéndote en aquello que odias. Lo vemos todo el tiempo: hombres que fueron engañados hace veinte años y siguen hablando del tema como si hubiese sucedido esa mañana. Sus rostros están marcados por un ceño fruncido permanente. Sus hijos los evitan. Se convirtieron en un monumento a una deuda que no fue pagada. Son esclavos de un fantasma. ¿Eso es lo que quieres? ¿Terminar siendo una persona dura y malvada que está esposada a un ladrón?

Observa los senderos antiguos. Los santos de antaño no sobrevivieron a la persecución porque se vengaban de sus enemigos. Sobrevivieron porque sabían que estaban siguiendo al Pastor que ya había vencido a la muerte. Sabían que sus vidas estaban escondidas en Cristo, de modo que nadie podría quitarles nada que estuviera seguro con Dios. Comprendían que la soberanía de Dios no era una doctrina vacía, sino un escudo visceral. Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra? Y si Dios es el Juez, ¿por qué estamos intentando tomar su mazo?

Deja ir el rencor. Es un peso demasiado grande para ti. No fuiste creado para sostener la espada; fuiste creado para lavar los pies de los demás. Fuiste creado para seguir a Aquel que, cuando fue insultado, no pagó con la misma moneda, sino que continuó encomendándose al Juez justo. Ese es nuestro modelo. Es la única forma de mantener tu alma intacta en un mundo que quiere destruirla. Deja que el Juez haga su trabajo. Es mejor en eso que tú, y su balanza jamás vacila. Confía en su providencia, que permite la fricción, y en su gracia, que abarca el abismo. Eres nada

EVITAR LA VENGANZA

más que un ser humano, un creyente, caminando en medio del polvo. Mantén la mirada en la Cruz, donde la justicia y la misericordia definitivas se cumplen de una manera que nuestra balanza rota nunca podría imaginar.

El mito dice que te sentirás mejor si devuelves el golpe. La verdad es que solo sentirás un vacío. El agujero en tu pecho no puede llenarse con los escombros de la vida de alguien más. Solo puedes llenarlo con la paz de un Dios que ya pagó la deuda más grande de todas: la tuya. Cuando te das cuenta de lo mucho que te ha sido perdonado, las deudas de los demás comienzan a verse más pequeñas; no porque no sean importantes, sino porque Aquel que viene a juzgar a los vivos y a los muertos prometió hacer nuevas todas las cosas. No tienes que ser quien encienda el fósforo. No tienes que ser el verdugo. Puedes ser simplemente Jim, o quien quiera que seas, sentarte en el porche y respirar el aire de un mundo que, a pesar de todo, sigue en manos de un Rey soberano.

Caminamos por el empedrado con cicatrices en nuestros nudillos, pero no tenemos que usar nuestros puños para lastimar a otros. Los usamos para aferrarnos a la Palabra. Los usamos para servir al prójimo. Los usamos para orar y llevar nuestros casos ante la única Corte que importa. Esa es la fortaleza de la vida cristiana. Ese es el peso del honor y el fin del mito de la justicia por mano propia. Es un largo camino de obediencia en la misma dirección, lejos del Jardín del Rencor y hacia la Ciudad de Dios, donde toda lágrima será enjugada. En esa Ciudad, la balanza siempre es perfecta y el Rey siempre es justo.

2

EL ÍDOLO DEL AJUSTE DE CUENTAS

Hay un tipo específico de podredumbre que se da cuando decides que tu paz depende del arrepentimiento de alguien más. Lo llamamos «ajuste de cuentas», pero en realidad es un altar a nuestro propio dolor. Es una herida en el alma que cree que solo podrá aliviarse si ve caer a la otra persona. La vida cristiana está llena de gente que desperdició sus mejores años esperando una compensación que nunca llegó. Esperan una llamada, una carta o una mirada de arrepentimiento genuino de alguien que siguió con su vida. En esa espera, se abre un abismo; una prisión que no necesita barrotes, sino solamente un corazón que se niega a seguir adelante hasta escuchar las palabras: «Me equivoqué».

Nos decimos a nosotros mismos que, si permanecemos enojados, los estamos haciendo responsables. Pensamos que nuestro rencor es un arma, pero es la vanidad del corazón caído. Dejas de dormir por las noches, mientras que la otra persona duerme plácidamente. Tu enojo no es un arma contra ellos, sino un peso con el que debes cargar. Se te dio un corazón para amar a Dios y servir al prójimo, pero lo convertiste en un cuarto oscuro y pequeño en el que repasas los mismos cinco minutos de tu vida una y otra vez. Esta es la fricción de la Caída. Si tu alma está esposada a su arrepentimiento, no eres libre. Eres esclavo de su indiferencia.

No obstante, existe un terror más profundo: el espejo del enemigo. No nos gusta hablar de esto, pero el espejo no miente. Cuando te pasas noches afilando tu lengua y practicando las palabras cortantes que dirás, estás dándole a tu alma la forma de la persona a la que detestas. El rencor es un escultor que poco a poco va tallando tu amabilidad y tu capacidad de sentir alegría, hasta que te ves igual a la persona que te hirió. Odias su crueldad, pero tu corazón comienza a ser cruel. Piensas que estás buscando justicia, pero en realidad estás

EVITAR LA VENGANZA

practicando la misma oscuridad que fue usada en tu contra. Si contemplas la oscuridad durante demasiado tiempo, comenzarás a llevarla dentro de ti.

Nuestra «rectitud» suele ser una forma encubierta de vanidad. Somos criaturas caídas, y nuestra balanza siempre está inclinada hacia nuestro lado. Cuando buscamos un ajuste de cuentas, no estamos buscando igualar las cosas. Queremos que la otra parte sufra un poco más. Intentamos jugar a ser Dios porque no queremos que Él se haga cargo. Creemos que su providencia es demasiado lenta o que su gracia es demasiado amplia. Queremos un mundo en donde todos obtengan exactamente lo que merecen —excepto nosotros mismos—. Nosotros queremos misericordia, pero ¿para la persona que nos hirió? Queremos fuego.

La Biblia nos ofrece un camino para dejar ir el rencor, y no es un truco psicológico. Es una rendición teológica y firme. Es el reconocimiento de que solo Dios es Dios, no tú. Dejar ir es reconocer que la deuda es real, pero debemos enviarle la factura al Juez y Redentor de toda la tierra. Esto no es debilidad: es un acto de fe definitiva. No se necesita fortaleza para enojarse. Un necio puede enojarse. Sin embargo, se necesita la fuerza del Espíritu Santo para permanecer en silencio en el polvo, confiando en que el Señor ha dado y el Señor ha quitado.

Debemos mirar la Cruz. Ahí es donde se cae el ídolo de la venganza. En la Cruz, vemos cómo es la justicia de verdad para un Dios santo: tiene el aspecto de la sangre del Inocente. Si quieres justicia, observa eso. Si quieres misericordia, pon tu mirada allí. No te atrevas a pararte a los pies de la Cruz y decirle a Dios que su justicia no es suficiente para la persona que te traicionó. Cuando te das cuenta de que tu propia deuda tuvo que ser pagada con la muerte de Dios, las deudas ajenas dejan de tener poder sobre ti.

La mayordomía de una relación rota no se trata de ganar; se trata de ser fiel. Cuando dejas ir al ídolo del control, por fin puedes ser libre. Estás saliendo del tribunal y volviendo a la luz. Estás decidiendo que prefieres ser hijo del Padre antes que un juez del mundo. La paz comienza a crecer aquí: una paz que no tiene sentido para un mundo que está obsesionado con el ajuste de cuentas.

Una mañana cualquiera, esto puede evidenciarse al elegir no volver a sacar a la luz ese dolor antiguo al hablar del pasado. Es orar por el alma de la persona que odias. No se trata de una oración muy rebuscada, sino de una profunda que pida que la santidad de Dios obre sobre la persona y que tú recibas misericordia. No eres la víctima de un ladrón; eres un protegido del Rey. Y el Rey no es pobre.

GUÍA DE CAMPO

Deja ir el rencor. Es una carga demasiado pesada para ti. Elige matar tu orgullo y vivir como un peregrino. El camino es largo, pero conduce a un hogar donde la balanza permanece perfectamente equilibrada para siempre.

3

LA VENGANZA

Solemos tratar los términos más «pesados» de las Escrituras como si fueran obras abstractas en un museo. Cuando leemos una palabra como «venganza», intentamos suavizarla. Queremos convertirla en algo educado, que no parezca real. Sin embargo, eso no es lo que hace la Biblia. No juega con el vocabulario de nuestro dolor. Cuando Pablo escribe «[m]ía es la venganza» en Romanos 12, usa una palabra con un peso brusco y visceral. No está hablando de una leve desaprobación. Está hablando del derecho santo y aterrador de un Dios soberano de ajustar cuentas en un mundo roto. Se refiere a que Dios hará justicia por el daño que nos han hecho.

Para la persona sentada en su porche con el corazón lleno de dudas, esta no es una amenaza. Es un alivio. Es el mayor alivio que jamás conocerás. Escuchar a Dios decir: «Mía es la venganza» es como oírlo decir: «Puedes bajar la espada ahora». Es el momento en el que te das cuenta de que el Juez de toda la tierra vio exactamente lo que sucedió en ese cuarto oscuro. Vio cómo te quitaban el dinero. Vio la mentira que se dijo. Vio la mueca en el rostro de la persona que pensó que se salió con la suya. Es más: vio lo que tú *no* viste. Vio las motivaciones. Vio las traiciones escondidas. Vio la podredumbre por completo, y Él dice: «Yo pagaré».

Permanecemos despiertos porque pensamos que somos los únicos que lo recuerdan. Creemos que, si dejamos de estar enojados, el pecado se desvanecerá en el aire, sin castigo y olvidado. Sin embargo, sabemos que nada es olvidado en la providencia de Dios. Todo acto se registra. Toda lágrima se guarda. Cuando le encomiendas la venganza a Dios, no estás diciendo que el delito no tuvo importancia. Estás declarando que el único que puede hacerse cargo de él de forma adecuada es Aquel cuya balanza nunca tambalea. Estás confiando en que Dios es un juez más eficiente, más santo y más temible de lo que tú jamás podrías ser. Estás saliendo del tribunal y dejando obrar al Señor del Universo.

El valor de perdonar

Llegamos a la palabra que hace que todos se estremezcan: «perdón». Lo hemos convertido en algo ligero y edulcorado, en una acción que implica «dejar ir» y encontrar tu «paz interior». Sin embargo, eso no es el perdón en la Biblia. El perdón bíblico está hecho de valor y fortaleza. No es un sentimiento. De hecho, si esperas a sentir ganas de perdonar, quedarás atrapado en tu rencor hasta el día de tu muerte.

Perdonar es tomar la decisión de dejar la deuda a los pies de la Cruz. Es una transacción legal del alma. Es mirar a la persona que te debe tu reputación, tu dinero, tu infancia o tu paz; y luego mirar la deuda y decir: «No te voy a cobrar esto». No estás diciendo que la deuda no existe. No estás diciendo que estuvo bien. Estás diciendo que enviaste la factura a otra parte. La sacas del bolsillo y la clavas en el madero en el que Cristo sangró por tu propia depravación.

Esta es la tarea más ardua que llevarás a cabo en tu vida. Es la «mayordomía del abismo». Tienes que decidir todas las mañanas que no vas a cobrar la cuenta ese día. Cuando lo recuerdes y comiences a sentir ese fuego interior, tienes que mirar el fuego y decir: «No. Esto le pertenece al Señor». Es una rendición dura y constante. Es darte cuenta de que si insistes en cobrar las deudas de los demás, básicamente le estás diciendo al Señor que su misericordia contigo fue un error. Estás diciendo que prefieres vivir en un mundo que se rija por el «ojo por ojo» antes que por la «gracia para los caídos». El perdón es la decisión de vivir en esta última, incluso cuando duela.

Hacer que se avergüencen de su conducta

Luego, está la fricción de poner esto en práctica, el «cómo» de la vida cotidiana. Pablo nos dice que demos de comer y de beber a nuestro enemigo. Dice que, si hacemos esto, haremos que se avergüencen de su conducta. Muchas personas usan esto como una forma de buscar venganza; creen que, si son lo suficientemente «amables», verán sufrir a sus enemigos. Sin embargo, eso es vanidad; es venganza disfrazada de respetabilidad.

Al hacer que se avergüencen de su conducta, estamos hablando del peso de la convicción. Cuando respondes a la crueldad con bondad silenciosa y firme, creas una fricción que el mundo no puede comprender. Le muestras a la otra persona una gracia que no se ganó y no sabe cómo recibir, y así obligas a tu enemigo a confrontar la realidad de su pecado sin que tengas que levantar un dedo. Esta

EVITAR LA VENGANZA

es la «teología del empedrado» en acción: negarse a que un alma tóxica defina la esencia de tu carácter.

Lidiar de esta forma con quienes te odian no es ser un felpudo: es ser un muro, un muro de integridad que se niega a desmoronarse. A veces «hacer el bien» implica poner un límite firme que proteja a los inocentes. Otras veces, es el silencio de alguien que sabe que tiene la réplica perfecta, pero prefiere la Cruz. No tienes que participar en toda discusión a la que se te invite. Eres el mayordomo de tu paz y no le debes tu alma a nadie más que al Rey.

La mayordomía del sendero corrupto

Transitamos los senderos antiguos porque nos conducen a un lugar donde la deuda finalmente es saldada. El lenguaje de la venganza y la gracia es el único que se adapta a la realidad de nuestras vidas. Somos personas caídas que viven junto a otras personas caídas. Hay sudor y sangre, pero también está la Cruz. Ese madero tiene la última palabra en cada disputa. Es el lugar en el que se une la venganza santa de Dios con su misericordia. No tienes que juzgar, porque el verdadero Juez ya actuó por ti.

Jim por fin se dio cuenta de que encender el fósforo lo convertía en un esclavo, no en un amo. Dejó que el Señor se encargara y volvió a su labor. Las cicatrices y las facturas seguían ahí, pero la podredumbre en su pecho no. Ya no era una víctima. En cambio, era un hombre lo suficientemente misericordioso como para dejar ir al ladrón. Podía dejarlo en manos de Dios.

Cambia el lenguaje del tribunal por el vocabulario del Pacto. Deja que el Juez haga su trabajo mientras caminas por el empedrado. El camino es angosto y las dificultades son reales, pero el Pastor está contigo. Su balanza está en perfecto equilibrio para siempre.

4

LA LOGÍSTICA DE DEJARLO EN MANOS DE DIOS

Una cosa es aceptar que Dios es el Juez un domingo en el banco de la iglesia, y otra cosa es ver un martes en la tienda a la persona que te mintió. El «fuego» sube, tu corazón late con fuerza y tus manos buscan pelear. Esta es la fricción de la Caída: tu biología se rebela porque el mundo está roto. A menudo confundimos este fuego con las ganas de ajustar cuentas, pero la misericordia del empedrado requiere una logística diferente.

Tu primera tarea no es hablar, ni siquiera perdonar de inmediato. Es reconocer la soberanía de Dios sobre tu frecuencia cardíaca. Él está junto a ti en el pasillo de la tienda, de la misma forma en la que estaba en el monte Sinaí. La misericordia es la decisión firme de no dejar que tu biología determine tu teología. No necesitas montar una escena ni fingir una sonrisa. A veces, el mayor acto de fidelidad es simplemente seguir tu camino. No debes defender tu reputación porque no la posees. Es un regalo de Dios. Si Él permite que la mancillen, es porque tiene un propósito. Respira y recuerda: eres un protegido del Rey.

Los límites versus el rencor

Ahora, tenemos que hablar de la teología de la cerca. Hay una confusión específica en nuestros círculos: creemos que el «perdón» implica dejar que el lobo entre de nuevo en el redil. Creemos que, si no permitimos que la misma persona nos lastime una y otra vez, estamos siendo «poco cristianos» o «rencorosos». Sin embargo, esa es una interpretación errónea de los senderos antiguos.

EVITAR LA VENGANZA

El perdón tiene que ver con el pasado, y los límites con el futuro. El perdón es la decisión de dejar la deuda a los pies de la Cruz. Es negarse a cobrarla. No obstante, los límites son la mayordomía de tu vida y de las vidas de aquellos que Dios puso bajo tu cuidado. Si un hombre roba tu negocio, deja la venganza en manos de Dios, pero no vuelvas a darle las llaves de la caja fuerte. Eso no es rencor; es sabiduría. Es el reconocimiento de que vivimos en un mundo de depravación total, y a veces lo más amoroso que puedes hacer por un pecador es impedirle que peque contra ti otra vez.

El truco consiste en construir la cerca sin dejar que el odio crezca de tu lado. Es aquí donde la mayoría de nosotros falla. Ponemos un límite, pero lo revestimos con el alambre de púas del resentimiento. Creemos que nos estamos protegiendo, pero estamos construyendo una jaula para nuestras almas. El rencor surge cuando dejas que la persona que te hirió acapare todos tus pensamientos. Es la «vanidad» de pensar que, al permanecer enojado, de alguna manera estás ganando.

¿Cómo te puedes dar cuenta de la diferencia? Un límite es silencioso. No grita. No necesita ser justificado con un discurso de veinte minutos sobre cuánto te hirieron. Es un simple «no». Es la decisión de ponerle un fin al ciclo del daño. Por otro lado, el rencor es estridente; incluso cuando está en silencio, grita. Es el repaso constante de la ofensa. Es la esperanza de que la otra persona sufra. Si te encuentras disfrutando de la idea de su fracaso, no estás practicando la sabiduría: estás practicando el odio. Y el odio es un fuego que termina consumiendo a la persona que lo lleva dentro.

La vida redimida es una vida de decisión, y nunca es más necesaria que cuando estás decidiendo dónde poner la cerca. Tienes que ser lo suficientemente honesto contigo mismo para saber cuándo estás protegiendo tu alma y cuándo estás consintiendo tu orgullo. Los límites deben proteger la paz del Reino, no la vanidad del ego. Cuando estableces un límite desde un lugar de gracia, lo puedes hacer con firmeza. No necesitas el calor de la ira para construir una cerca; necesitas la luz de la Palabra.

La vocación de los que trabajan por la paz

A menudo confundimos «trabajar por la paz» con «mantener la paz». Alguien que mantiene la paz ignora la podredumbre para mantener el cuarto en silencio, mientras que alguien que trabaja por la paz lidia con las dificultades para que pueda crecer la verdadera armonía. Tu trabajo no es «arreglar» a la otra

GUÍA DE CAMPO

persona, ya que no fuiste contratado para ser su Espíritu Santo. Tu vocación es nada más que permanecer fiel en el desastre. Esto es liberador. Si obras con gracia y te escupen en la cara, no habrás fracasado. El éxito se mide por la obediencia, no por los resultados. Somos mayordomos, no el Dueño de la cosecha.

Cuando lidiamos con gente «tóxica», la fidelidad se demuestra en la oración: no en deseos adornados con palabras bonitas, sino en la oración que brota de lo más profundo del alma. Comienzas pidiéndole al Juez que actúe como tal: «Señor, lidia con esta persona de acuerdo con tu santidad». Es una oración aterradora que alinea tu corazón con la verdad. Esa persona está en manos de Dios, no en las tuyas. Luego, debes orar para que su corazón reciba la misma gracia que recibió el tuyo. Debes hacerlo porque el Señor lo ordena. Cuando derramas el agua de la intercesión sobre el fuego de tu odio, el calor comienza a disiparse.

Esta es la «teología del empedrado» definitiva. Estás de pie en el polvo, mirando a la persona que intentó destruirte, y eliges su bienestar definitivo por sobre tu satisfacción inmediata. Es la muerte del «yo». Es el momento en el que te das cuenta de que tú y el ladrón están hechos del mismo polvo, bajo la misma maldición y necesitan desesperadamente al mismo Salvador.

La mayordomía del corazón herido

El camino es largo. Las cicatrices en los nudillos de Jim no desaparecerán. Puede que el agujero en tu pecho nunca se cierre por completo de este lado de la resurrección. Vivimos en el «ya, pero todavía no». Tenemos la paz de Cristo, pero todavía convivimos con la fricción de este mundo.

La logística de dejar las cosas en manos de Dios no implica evitar el dolor. Se trata de encontrar una manera de permanecer fiel incluso en medio de él. Es la mayordomía del corazón herido. Eres una persona que se encuentra transitando un sendero estrecho, y recibiste un conjunto específico de pruebas que debes superar. Esta traición, esta pérdida, este abismo: estos son los lugares donde Dios te ha llamado a servir.

No malgastes tu energía en intentar arreglar el pasado o forzar el futuro. Simplemente sé fiel cada día. Cuando sientas el fuego interno, entrégaselo al Juez. Cuando se necesite un límite, establécelo con sabiduría. Cuando se mencione al enemigo, llévalo ante el trono en oración. Esta es la realidad de la

EVITAR LA VENGANZA

vida cristiana. No es «vibrante» o «transformadora» de la manera en la que algunas personas la promocionan.

Es pesada, lenta y, a menudo, muy silenciosa.

Es el camino hacia la Cruz que transitó el Señor. A medida que lo recorras, encontrarás que el peso de tu honor y el de tu duelo se convierten lentamente en el peso de la gloria que este mundo no puede comprender. No eres una víctima de tus circunstancias, sino un beneficiario de la providencia de un Rey que no desperdicia ni una sola lágrima.

Suelta el mazo del juez. Ponte a lavar los pies de los demás. Deja que el Juez haga su trabajo y dedícate al tuyo. El empedrado es duro, pero la Palabra es segura. Un día, la fricción y el polvo desaparecerán, y veremos que el sendero lleno de espinas era el camino que nos conducía a casa.

5

EL TRIBUNAL DEFINITIVO

Todos tenemos el miedo persistente a que ganen los villanos. Vemos que hay ladrones que mueren ricos o padres que fallecen sin haberse disculpado. Hay algo en lo más profundo de nuestro ser que nos dice que, si no ajustamos cuentas ahora, el mal quedará sin freno en el mundo. Confundimos el silencio con la impunidad. Sin embargo, esa es la vanidad de un alma que olvidó la Cruz. En el mundo de Dios, nadie «se sale con la suya». No se deja pasar ni un solo centavo ni una sola traición. Vivimos bajo el gobierno de un Juez soberano cuya balanza no se inclina con los años. El tribunal del Juicio Final es una realidad ineludible, y todo pecado tiene un precio. O bien Cristo murió por eso en la Cruz, o bien el pecador lo enfrentará el Día del Juicio. No hay una tercera opción. No hay escapatoria.

La Cruz como justicia

Solemos hablar de la Cruz como un alegre símbolo de amor. Sin embargo, para el creyente, la Cruz es la muestra más aterradora de justicia en la historia de la humanidad. Nos dice que Dios aborrece tanto al pecado que preferiría dejar morir a su propio Hijo que dejar que una deuda no sea saldada. Cuando te das cuenta de eso, la «necesidad» de venganza personal se ve pequeña y patética. Si la persona que te lastimó está en Cristo, significa que su pecado ya fue castigado con una severidad inimaginable. Si no está en Cristo, entonces se dirige hacia un tribunal donde tus insignificantes intentos de «ajustar cuentas» se verán como si un niño arrojase piedras a una montaña.

Comprender esto es lo único que te permitirá respirar. Es un alivio saber que las cuentas las lleva Aquel que realmente sabe cómo contar. Cuando ves a la persona que arruinó tu reputación o se apropió de tu esfuerzo, no tienes que encender el fósforo. No tienes que actuar como el cobrador de deudas. Esa deuda ya fue transferida a un tribunal superior. Esto no es simplemente «dejarlo

EVITAR LA VENGANZA

ir»: es reconocer quién es la verdadera Autoridad. Nadie se sale con la suya. El arco moral del universo no solo se inclina hacia la justicia, sino que se mantiene allí gracias al puño de hierro de un Rey soberano.

La recompensa de un espíritu en calma

Es aquí cuando nuestra paz comienza a crecer. Esta es la recompensa de un espíritu en calma. Nos pasamos la vida en un estado de alerta y fricción porque estamos esperando una disculpa que nunca llegará. Pensamos que nuestra paz está en manos de quien nos lastimó. «Estaré bien una vez que admita lo que hizo», decimos. Pero ¿y si eso nunca sucede? ¿Qué pasa si esa persona muere convencida de que ella fue la víctima? Si tu alma está esperando su disculpa para sentirse completa, eres un esclavo.

Un espíritu en calma encuentra una paz que no depende de la otra parte. Es una paz que surge desde lo más profundo. Es la fe que nos dice: «El Juez lo ve. Eso es suficiente». Hay una dignidad sólida en la persona que puede pararse en medio de un cuarto lleno de gente que cree una mentira sobre ella y permanecer callada. No está callada porque sea débil, sino porque permanece firme. Sabe que su reputación no es algo que haya construido; entonces, no es algo que deba defender. Pertenece a Dios.

Encontrar esta paz es un acto de mayordomía. Estás decidiendo que tu corazón es demasiado precioso como para guardar la basura de alguien más. Estás eligiendo dejar la deuda a los pies de la Cruz, no porque la otra persona lo merezca, sino porque tú mereces librarte de esa carga. Tener un «espíritu en calma» no es ser un felpudo. Es ser una roca en medio de la tormenta. Es saber que el veredicto final ya fue escrito por un Juez que te ama, y nada que diga un ladrón o un mentiroso puede borrar lo escrito en esa página.

Descansar en la providencia

Esto nos lleva a la parte más difícil: descansar en la providencia cuando la vida se siente injusta. Queremos creer que si seguimos los «senderos antiguos» nuestras vidas serán sencillas. Creemos que tener fe significa que nuestros negocios prosperarán y que la familia será feliz. Sin embargo, la Biblia nunca nos promete un camino fácil. Nos promete un Pastor confiable.

La providencia es la creencia de que Dios está tan presente tanto en los robos como en los regalos. Está en el cáncer, en la traición y en el abismo. Esto puede

ser difícil de entender, pero es la verdad del Dios soberano que controla las olas, el azar e incluso al maligno. Adoramos a un Dios que dispone la fricción para moldear el alma. Cuando la vida es injusta, tienes que preguntarte: «¿Qué está haciendo el Señor con esto?». Es probable que esté matando tu vanidad. Está despojándote de tus propias fuerzas. Te está obligando a ver las «monedas de oro» del Amo y a darte cuenta de que nunca te pertenecieron.

Confiar en Dios en medio del desastre no es un sentimiento. Es un músculo que crece cuando levantas grandes pesos. Es la decisión de decir «Hágase tu voluntad», cuando tu propia voluntad desea ver sangre. Es darte cuenta de que no eres el centro de la historia. Eres un personaje en una obra escrita por un Rey que usa cada dificultad —las facturas sin pagar, la mente deteriorada de un padre, la pareja que te abandonó— para prepararte para un peso de gloria que aún no puedes imaginar.

El veredicto final

Entonces, ¿qué hacemos con los «Jim» del mundo? ¿Qué hacemos con las manos que tiemblan en los porches traseros? Les decimos la verdad. Les decimos que la espada es demasiado pesada para ellos y que no son los encargados de juzgar. Les decimos que miren la Cruz y observen la solución definitiva.

Deja ir el rencor. Es una podredumbre que te convertirá en un fantasma. La persona que te lastimó ya te quitó lo suficiente. No le des tu futuro también. Deja que el Juez haga su trabajo. Él nunca llega tarde, no se le pasa ningún detalle y su balanza está en perfecto equilibrio.

Recorremos el empedrado con cicatrices en nuestros nudillos y polvo en nuestras botas, pero con un corazón en calma. Caminamos como personas que conocen que el tribunal del Juicio Final ya está trabajando, y el Rey está en el trono. Somos sirvientes, mayordomos, atravesando el estrecho sendero hacia nuestro hogar. Y en ese hogar, la fricción por fin desaparecerá. Las lágrimas serán enjugadas por la misma mano que recibió los clavos. Las deudas serán perdonadas porque el precio ya fue pagado.

Descansa en esa verdad. Sigue haciendo tu labor con gracia. El camino es duro, pero el Juez es bueno. Esa es la única teología que puede sobrevivir en este mundo.



CONCLUSIÓN

Conocí a una mujer que atravesó un juicio que duró veinte años. Su vida era una montaña de declaraciones, honorarios legales y un corazón que se volvió tan duro como un ladrillo. Sin lugar a dudas, había sido engañada. La injusticia fue real y estaba documentada. Me dijo que se sentía como una guardiana de la verdad; que, si dejaba de luchar, la mentira ganaría. Sin embargo, después de dos décadas, entró a mi estudio, se sentó y dijo que retiraría los cargos. No había ganado ni un centavo. De hecho, había gastado una fortuna de tiempo y de paz.

«¿Por qué ahora?» —le pregunté—.

Miró sus manos, que habían estado cerradas durante una generación, y las abrió. «Me di cuenta de que estaba ganando la disputa, pero perdiendo mi alma —dijo ella—. Encontré algo mejor que tener la razón. Encontré la forma de dormir otra vez. Encontré la soberanía de Dios».

Esto es tener las «manos abiertas». Es el último movimiento del alma que dejó de intentar actuar como juez. Es el corazón en calma que se da cuenta de que la justicia de Dios es más segura que la propia. Cuando por fin te alejas del campo de batalla de tu resentimiento, no te estás rindiendo ante el enemigo. Te estás rindiendo ante el Rey. Estás decidiendo que las «monedas de oro» del Amo en tu vida se componen de tu fidelidad, no de tu reivindicación. Estás reconociendo que, si Dios permite que un ladrón se lleve tu dinero o que un mentiroso arruine tu reputación, aún es Dueño del ganado de miles de colinas. Puede restaurar lo que las langostas devoraron, pero no restaurará un corazón que se convierta en piedra.

El camino que recorrimos a lo largo de estas páginas es dificultoso y angosto. Ya sea al enfrentarte al dolor de honrar a un padre que te falló o a la traición de un socio de negocios, mira la Cruz. Observa la justicia definitiva. Y luego, por favor,

GUÍA DE CAMPO

deja ir el rencor. Es demasiado pesado para una criatura como tú. No fuiste creado para llevar la espada; fuiste creado para llevar la luz.



THE
MENTORING
PROJECT

El doctor **RICHARD JOHN PERHAI** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado *magna cum laude* en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de *La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro* (Fortress Press, 2015).

El doctor **LARRY OATS** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

